

cilia, emperador de Alemania. De este modo la orgullosa casa de los Stauffen desaparecía del marco histórico europeo y legaba a las germánicas tierras imperiales un «largo interregno», durante el cual muchos aspirarían a la corona.

¿Qué tenía que ver en todo ello la lejana Castilla, empeñada en asuntos tan belicosos contra los infieles, encerrada en una empresa que absorbía todas sus potencias? Mucho, como los hechos iban a probarlo.

Alfonso, hijo de Fernando.

El nombre de *Alfonso*, repetido hasta el siglo XIII nada menos que *nueve veces*, significaba para los mahometanos casi tanto como «rey cristiano». Por ello, el piadoso Fernando, que había pasado por Toledo, donde el «Capellán de la Virgen», Ildefonso el visigodo, había vivido sus prodigios, no dudó el atribuir este cristianísimo y consagrado nombre al su heredero, que después se había criado en tierra castellana, custodiado por sus ayos en Muñó y otras villas de las *tierras de pan llevar*.

Pronto este heredero entraría en las empresas del padre y seguiría su huella militar. Alfonso, hijo de Fernando, futuro Alfonso X de Castilla, combate contra la morisma por tierras de Murcia y de Andalucía... Pero en él va a acontecer algo que para el historiador es fatal e inevitable, pero que sucede sin saber por qué a los ojos de quienes viven el fenómeno. Va a acontecer, nada menos, que la transfusión de la rudeza castellana en la cultura que manaban las tierras andaluzas; cultura que databa de los tiempos de Argantonio, que habíase perfilado con las colonizaciones orientales, que se había intensificado con la etapa bética o romana y que había cuajado en aquella Córdoba musulmana, asombro del mundo y verdadera «luminaria de Occidente», título justo y merecido, pese a lo manido de la repetición.

Al hablar de la transfusión de la rudeza castellana en la cultura andaluza, me refiero con-

cretamente a la persona de Alfonso, que prende su corazón en ese río de la civilización que es el Guadalquivir y que ha sido el cauce por el cual ha ido desde Andalucía a América la cultura del Mediterráneo, es decir, de Europa y de Oriente. El Guadalquivir, el Betis romano, con sus almunias ribereñas, con sus caprichosos meandros discurridores, como en un paseo filosófico, con sus inundaciones y sus ciudades ribereñas —Córdoba y Sevilla—, ata definitivamente al príncipe de Castilla cuando se convierte en rey. La capital del décimo Alfonso sería más Sevilla que Toledo. Y pese a ello, a Toledo, a la que todos llamamos «la imperial ciudad», le estaba deparado un destino glorioso por obra de Alfonso.

Imperialismo en la cultura.

Llevamos definido en varias ocasiones el Imperio para que sea necesario que insistamos sobre los valores de dominación territorial y subyugación que lo perfilan. Hay —no obstante— un tipo de complemento imperial, base de posibilidades más amplias en el campo de la posesión territorial: el imperio de la cultura. Este imperio significa una subyugación sincretizadora de elementos diversos o, con otras palabras, el dominio sobre diversos elementos culturales para convertirlos en una unidad, apta para ser empleada como arma imperial.

En este sentido —antes de que volvamos nuevamente al Imperio alemán acéfalo— hemos de estimar una de las facetas imperiales más acusada de Alfonso X; ésa que a veces se hace pasar por alto su reinado en las consideraciones escolares, en los manuales, dejando la especificación de su obra para los llamados «capítulos de cultura». ¡Grave error el estimarlo así! Alfonso X es figura imperial precisamente porque realiza la labor, ardua y difícil, de templar y afilar un arma sin la cual nunca hubiera podido realizarse el Imperio de España. Veamos.

Dijo Nebrija, en frase que ha dado la vuelta